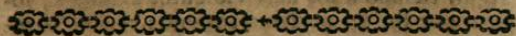


cia que le estaba viendo reproducirse en su compañía. Baronio y Belarmino anuncian los maravillosos prodigios que cada día se notan en su sepulcro. Los soberanos pontífices creen que no pueden darle tan magníficos elógijs como mereçe. De tal modo , que así como *Ignacio* procuró la gloria de la Iglesia , se apresura esta para celebrar la de *Ignacio*. *Laudis ejus plena est terra.*

Viva, pues, y viva para siempre en el corazón de todos los christianos este hombre que fué el apoyo del Christianismo. Aprovechémos de los socorros que nos ha dexado; y quiera Dios que nos lleve á la perfeccion sobre la tierra , y despues á la gloria del cielo. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN GERMANO,

Obispo de París , Titular de la Abadía
Real de S. Germano de los Prés:

PREDICADO

En la Iglesia de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de S. Germano.

Cum ipso sum in tribulatione ; eripiam eum , et glorificabo eum. Yo le acompañe en la afliccion ; le sacaré de ella , y le colmaré de gloria. *Ps. 90. v. 15.*

Los trabajos y los contratiempos son la herencia de los santos. Talés son las misteriosas sendas por donde caminan á la gloria los escogidos de Dios. Siempre perseguidos y jamas abandonados , logran ser sostenidos por la misma mano que los tienta. Expuestos por

algun tiempo á los mas violentos ultrages, lo gran por fin un perfecto sosiego: esta es la recompensa de su valor. Quanto mayores han sido sus humillaciones, otro tanto mas brillante es su gloria. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.*

Echemos la vista sobre la gloria de *S. Germano*, aquella firme columna de la Iglesia Galicana, y ornamento y gloria de la de París. Recopilemos los acontecimientos de una vida tan milagrosa. ¡Qué alternativa tan singular de tribulaciones y de gloria se nos presenta en ella! Tan breve olvidado, menospreciado y perseguido, como respetado de los pueblos, consultado de los reyes y colmado de honores: en uno y otro estado siempre firme, siempre constante en la verdad y siempre santo. Firme en las desgracias, adoraba los altos juicios de un Dios severo: humilde en la elevacion, adoraba los juicios de una milagrosa Providencia. Por todas partes le guia la Religión, le sostiene y le corona. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* En dos palabras:

Por el camino de las tribulaciones llegó á ser *Germano* un prodigio de gloria. *Punto primero.*

En medio de la mayor gloria y honor, fué siempre *Germano* un prodigio de santidad. *Punto segundo.* Imploremos, &c.

PRI-

PRIMERA PARTE.

¡Quánto resplandece aquí la verdad de este oráculo! Solo al que ha sufrido terribles combates pertenece atreverse á coronarla. *Nemo coronabitur, nisi qui legitime certaverit* (1). Por el penoso camino de los combates fué por el que llegó *Germano* al templo del honor. ¿Qué idea es la que os formais desde luego vosotros de este Santo? ¿Le admirais como si fuera una de las lumbreras de la Iglesia? Pues sabed que no subió al trono de ella sino por el camino de los trabajos. ¿Le admirais como á un hombre prodigioso? Pues no llegó á ser depositario del poder divino, sino despues de haber sido el blanco de las persecuciones de los hombres. ¿Le admirais como á oráculo de los reyes? Pues no exerció su autoridad sobre los potentados, sino despues de haber sufrido los mas sangrientos menosprecios. Vosotros, pues, vereis salir la luz de la Iglesia del seno de las aficciones. Vereis salir al hombre prodigioso del seno de las persecuciones, y, en una palabra, vereis salir al oráculo de los reyes del seno de las humillaciones. De este modo llegó á ser *Germano* un prodigio de gloria por el camino de las desgracias. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.*

¡O qué pintura tan triste se me ofrece á la vista! Un corazon firme é inaccesible á las importunas y continuas trazas del sentimiento y

I 3

(1) II. Tim. c. 2. v. 5.

de la humanidad ; la ternura vuelta en furor ; sufocada la naturaleza ; una madre sumamente barbara para meditar la muerte de su hijo aun antes de haberle dado la vida ; una madre que se esfuerza para hacer en su propio seno el sepulcro de su hijo. Si oyentes míos : tal es el horroroso espectáculo que desde luego me sorprende en la historia de *Germano*. Yo no dudo que vosotros os estremecereis al oír estas expresiones ; pero no dan á entender mas que las primicias de lo que debe sufrir nuestro Santo. Vencedor de la muerte antes de nacer (permitidme que hable de este modo), solo goza de la luz del dia para verse amenazado muy en breve con su pérdida. Un peligro le encaminaba á otro , y siempre experimentaba nuevas desgracias.

Habiendo salido bien del funesto atentado de una madre desnaturalizada , se vió para caer en los lazos de la ambicion. ¿De qué no es esta capaz? Baxo los engañosos exteriores de la amistad , ocultaba sus mas denigrativos proyectos para armarse contra *Germano*. Preparáronse dos copas y se le brindó á que bebiese de ellas. Una mano mercenaria , frágil y vendida á la iniquidad supo mezclar en un delicioso licor el veneno mas sutil. La esperanza de una riquísima herencia inspiró el crimen ; pero éste será castigado , y el detentador de la víctima será el que pague el delito premeditado. ¡O gran Dios, y como cuidais de la vida de este Santo! Aquella composicion fatal que le debía ser suministrada , se le presentó inadvertidamente á *Stratido*. Perció éste

te al tomarla y triunfó el inocente. ¿No advertís en todas estas señales el misterio de una vocacion superior? Nacido para ser la gloria del Episcopado , no debía llegar á él *Germano*, sino por el camino de los sufrimientos : era menester que se preparase con las pruebas mas terribles para el ministerio mas trabajoso.

Pero ya le veo entrar en la carrera que abrió en su favor la Providencia. Instruido en la virtud por la virtud misma , y baxo el cuidado del piadoso *Scapilion* , no tardó mucho en ser la admiracion de su maestro. Prodigio de prudencia , sabio sin orgullo , religioso por inclinacion. La ciudad de Autun le habia visto ascender al sacerdocio desde los menores empleos de la Iglesia. La abadía de San *Sinforiano* , aunque corta recompensa de sus trabajos apostólicos , solo le habia servido para aumentar el ardor de su zelo. Casi todo el Oriente estaba lleno de sus alabanzas. Como era á propósito para ocupar uno de los primeros puestos de la Iglesia , se le nombró unánimemente para la silla de París. En vano se resistia *Germano* negándose su modestia á su elevacion. Por medio de un sueño misterioso le pareció que habia oido la orden del cielo. Venció por fin la obediencia á la humildad , y condescendió con la eleccion.

No era todavia París lo que es en el dia ; ni era una ciudad célebre por su prodigiosa extension , por la brillantez y magnificencia de sus edificios , ni por el número ni el ingenio de sus habitantes. No , no era París todavia este famoso parage en donde la opulencia

es siempre ingeniosa para hallar una nueva delicadeza en el luxo, y en donde acreditado el escándalo por el exemplo de los grandes, se produce con audacia, se sostiene impunemente y triunfa muchas veces hasta de la propia justicia. Ni ménos era París entónces el centro de las artes y de las ciencias; pero tampoco era la ciencia como la del día, que por desgracia vemos es una fatal semilla de la incredulidad. Los espíritus eran en aquel tiempo ménos brillantes, y mas verdaderos los corazones: se reconocian ménos habitantes y muchos mas christianos. No se revestía en aquel tiempo el vicio de las apariencias de la piedad, para abrirse un camino fácil á su fortuna: se ignoraban las secretas intrigas de la política, y solamente el honor de servir á la Religion, al estado y al rey, formaba los ribales y causaba su emulacion. La virtud era el distintivo de los grandes, y la santidad el primer paso que encaminaba los hombres á las dignidades de la Iglesia.

Sin embargo, no os figureis una ciudad, en donde fuese la piedad de los pueblos tan universal que pudiera permanecer sin accion el zelo de un digno prelado. París tenia sus vicios contra quienes era menester declarar-los; sus abusos que cortar, y sus errores que combatir. Aun subsistian en ella algunas infelices reliquias de la idolatría y era necesario exterminarlas. París tenia pueblos á quienes era indispensable instruir, y clerecía que se necesitaba reformar. Todos estos encargos y obligaciones los sabrá desempeñar *Germano*.

Acree-

Acree-ador al Episcopado antes de obtenerle, ejercerá sus funciones con un zelo verdaderamente apostólico: llegará á ser el modelo de los prelados, la gloria de la Francia y la admiracion de Europa. Pero ¿para qué me canso? Ya era entónces la admiracion del mundo christiano, y su reciente gloria se habia elevado como un astro resplandeciente. Haciéndose á él dócil la naturaleza, se observó que respetaba su voz como si fuera la de un Elías. Mas antes de manifestaros aquí el hombre prodigioso, debo representárosle tambien en medio de las tribulaciones. Por el camino de los sufrimientos llegó á obtener los honores de la Iglesia. Del seno mismo de las tempestades y persecuciones es de donde debe salir el Señor de los elementos y el Taumaturgo.

Díganlo sino aquellos desgraciados dias de turbulencia y de horror en los que se vió sacudir á un pueblo rebelde el yugo del mas duro pastor, y no corresponder á su infinita bondad sino con una suma ingratitud. ¡O tristes dias! ¡No quisiera acordarme de vosotros! testigos de las desgracias que tuvo *Germano* que sufrir, lo fuisteis tambien de la constancia que mostró, y de la gloria que le coronó. Pero ¿qué diré yo acerca de este Héroe si os le presento como víctima de la envidia cargado de cadenas, y entre los horrores de una obscura prision? ¡O qué prodigio tan grande! Aunque injustamente condenado, gemía y padecía no queriendo descubrir la iniquidad de sus agresores. Su inocencia le bastaba. Por lo mismo, no tardó mucho en darse á conocer.

Me

Me parece que estoy viendo en *Germano* un nuevo San Pedro. Rompiéronse por sí mismas sus cadenas; confundióronse sus enemigos, y triunfó su virtud. De este modo penetraba su reputacion las tinieblas que le rodeaban. Por medio de los contratiempos y de las desgracias establecia la Providencia divina la gloria de este Héroe christiano. La horrorosa mansion en que se pensaba habia de espirar á impulsos de un supuesto delito; fué el primer parage en dondè se empezó á manifestar su poder. No tardaron mucho en atraer sobre él todas las atenciones una multitud de maravillas. Un prodigio acarrea otro prodigio. *Facit mirabilia*. Los miembros separados del cuerpo volvieron á ocupar su primera situacion, y las llamas de un repentino y voraz incendio se disiparon y extinguieron. En una palabra, á mí me causa admiracion la multitud de sus milagros: ¿quién se atreverá á señalar su número? *Facit mirabilia, quorum non est numerus* (1). Milagros ciertos y averiguados.

Yo no hablo aquí segun el sentir de Gregorio de Tours y Fortunato de Poitiers, que son jueces iluminados, desinteresados y prudentes. Hablo conforme al testimonio del mas severo crítico, á quien el miedo de conceder falsos milagros le ha hecho muchas veces negar los verdaderos. En fin, señores, hablo con arreglo al sentir de uno de nuestros reyes. En su corte es en la que se ha manifestado el poder de *Germano* con la mayor brillantez.

Chil-

(1) Job 9. v. 10.

Childeberto I. uno de los hijos y sucesores del grande Clovis, reynaba en esta parte de la Francia, en donde á cada paso que daba nuestro Santo parecia que se formaban los milagros. Rey digno de tal nombre, en quien sin embargo de que han obscurecido al parecer la gloria de su reyno algunas señales de crueldad, han sido borradas y obscurecidas por las mas excelentes qualidades. Aun en el dia subsisten una infinidad de monumentos de su piedad, que son como otros tantos trofeos de su zelo y de la Religion. La guerra que llevó hasta España, la conquista de Borgoña y la batalla de Narbona, que ganó contra el famoso Amalarico, serán siempre en nuestros anales ilustres testimonios de su valor y constancia. Guerrero por inclinacion y pacífico por bondad, causaba las delicias de su pueblo, el terror de sus enemigos y la gloria de Francia. Pero los mas poderosos reyes no son delante de Dios sino polvo y ceniza. Esta mano que les coloca sobre el trono puede sepultarles en un instante entre las sombras de un sepulcro. Persuadióse la Francia que habia llegado Childeberto á este trance fatal. Acometido repentinamente de una enfermedad, recurria en valde el monarca á los hombres mas hábiles en la medicina. Todos confesaban la incapacidad de sus débiles conjeturas. Permitidme que os haga ver los sentimientos de todo el reyno, la turbacion de los espiritus, el language de los corazones, las lágrimas de los ojos y los suspiros que penetraban los ayres. Todo el reyno estaba aena-

na-

nazado en la persona del príncipe. El peligro del monarca era tambien el de su pueblo, máxime quando este reconocia un padre en su rey. Pero yo creo, señores, que vuestro modo de pensar confunde aquí los acontecimientos. Llevemos pronto nuestra atencion sobre nuestro Santo.

Llamósele al castillo de Celles. En el poder de este Isaiás fué en el que puso toda su confianza aquel nuevo Ezequías. La del príncipe animó á la del pueblo. Jamas se vieron súplicas mas fervorosas, ni mas sinceras, como que las inspiraba la piedad, las dictaba el corazon y las oía el cielo. Vive, príncipe, vive, pues, para los intereses de la Francia, para la felicidad de tus vasallos y gloria de la Religion. Habló *Germano* y dispó con su poderosa palabra la mortal languidez que amenazaba ya al monarca con un próximo tránsito. Concedióse á Childeberto á las súplicas de su pueblo. Aparece la calma, y como que la misma Francia volvía á renacer, no advirtiendo por mas ingeniosa que era el modo de manifestar á nuestro Santo su reconocimiento.

Aquí, aquí es donde se encuentra el hombre prodigioso y el oráculo de los reyes. ¿*Germano* el oráculo de los reyes? Sí, señores, este es un nuevo carácter que le distingue. Las potestades de la tierra, los reyes delante de quienes parece que todo tiembla y se extremece, respetaban la voz de nuestro Santo, y se imponian la obligacion de seguir sus consejos y condescender con su voluntad y sus deseos. Pero ¿si lo diré yo? Estaba determina-

nado que no consiguiese la gloria sino por medio de las tribulaciones. Jamas, por decirlo así, disfrutó del Divino poder sino despues de haber sufrido de parte de los hombres las persecuciones mas violentas, ni se atrajo la confianza de los reyes sino despues de haber experimentado los mas sangrientos menosprecios.

Es propio de todo christiano hacerse superior á las humillaciones y casi indispensable que el hombre experimente todas las amarguras. Los mas generosos esfuerzos de la virtud no pueden ahogar del todo los sentimientos de la naturaleza. El hombre siempre es hombre; y al paso que triunfa la Religion de su corazon le inclina la humanidad ácia sí mismo, y le obliga á que sienta siempre la injuria que perdona. ¿Pues qué será si estos sensibles golpes vienen de una mano respetable, y autorizan con una publicidad fatal las indignas detracciones de mil embidiosos enemigos? Los menosprecios de un otro igual, son unas agudas saetas que siempre están martirizando; pero el menosprecio de un rey es un rayo que destruye.

Acordaos, señores, de aquel crítico momento en que mudó el reyno de semblante y fué para *Germano* como el presagio de una próxima desgracia. Aunque es el parage de las intrigas y de las eternas revoluciones, nunca está una corte mas agitada que en los primeros dias de un nuevo reynado. Así sucedió á la Francia con la muerte de Childeberto. *Germano* fué el primero que lo experimentó. En aquel

aquel príncipe perdió esta Monarquía un rey digno de ser sentido, y nuestro Santo un bienhechor, un apoyo y casi se puede decir que un discípulo. He aquí, pues, el desgraciado término de aquel favor que tanto se embidia y á que cada uno aspira. Múdase la escena, y pasa el cetro á otra mano. Sube Clotario al trono; pero se ignora si con el cetro heredará los sentimientos de su predecesor, y si los válidos de este lograrán del nuevo monarca el mismo aprecio. ¡Incertidumbre cruel, que tiene suspensa á la corte, al reyno y á los particulares!

Pero ninguna fuerza hace á *Germano*, porque él solamente pensaba en los intereses de su Iglesia y de su pueblo. Jamas deseaba el favor del príncipe sino en quanto fuese necesario para la gloria de la Religión. Presentábase en la corte como pastor humilde, sin embargo de que su modestia quisiera alejarle de ella. Pero, ¡ó asombrosa revolución! desde luego vemos á este hombre respetable por su carácter, cuya clase, nacimiento, erudición y virtud merecen todas las atenciones, confundido entre la multitud del vulgo, y deseoso siempre en manifestarse al público por mas que procurase apartarse de él. Le vemos asimismo expuesto á los rigores de la estación y estudiar con sumo cuidado los movimientos del príncipe para lograr sus atenciones. Desconocido y despreciado no se le permitía explicar su sentir; y se puede decir, que tomaban por diversion el probar su paciencia é insultar á su decaído crédito. La indiferencia del

del príncipe degeneró en menosprecio; y comunicándose este se creyeron los cortesanos con derecho de imitar la conducta del monarca. Allí era el ver como la maligna crítica extendió mil discursos burlescos, y acusó del modo mas agrio é infame al zelo que observaba el Obispo en la corte. ¡Qué caridad tan política, exclamaba esta, la de alejarse de su pueblo á pretexto de servirle!

¡Quiera Dios que nunca estén mas bien fundadas con otro semejantes reprehensiones que lo estaban contra nuestro Santo! Seguro de los sentimientos de su corazón dexaba al cielo el cuidado de justificarle. En efecto se encargó este de su defensa, y lo hizo con otra tanta mayor brillantez en quanto había sido mas sangriento el ultrage. Con el menosprecio del príncipe había proporcionado la divina Providencia la gloria de *Germano*. No tardará mucho tiempo en mudarse la indiferencia en respeto. ¡Qué cosa tan admirable! Habiéndose puesto Clotario á las puertas de la muerte, se apoderó de él un grande terror. Con este singular motivo reconoció la mano del Altísimo y se reprehendió su injusticia. Aunque hasta allí no se había querido baxar á nuestro Santo, fué desde entónces el nuevo profeta de quien imploró el socorro. La milagrosa curacion de Childeberto lo mantuvo en el delicioso juicio que había hecho de un prodigio semejante. Acudía *Germano* donde el cielo le llamaba, y el peligro que amenazaba al príncipe le juzgaba como personal. ¡Dichoso él si le pudiese hacer ver su fidelidad,

dad, su respeto y su zelo! Presentóse, pues, delante del monarca, y exclamó diciendo: ¡O sapientísimo Dios! entre tus manos están los corazones de los reyes, y tú eres únicamente el que sabes acomodarlos á tu omnipotente voluntad. *Cor Regis in manu Domini quocumque voluerit, inclinabit illud* (1). Yo busco á Clotario en sí mismo. No es ya aquel príncipe altivo que desde lo alto de su trono veía solamente en los demas mortales la sombra de su grandeza. ¡O qué conducta tan contraria! Muévase Clotario al oír estas expresiones, y convida, ruega y honra á *Germano*. ¿Qué es lo que veo, oyentes míos? ¡El monarca puesto á los pies de su vasallo! No, no es ya este aquel príncipe cruel que con mil órdenes sangrientas y executivas habia manchado la gloria de su reynado. Ya parece que la dulzura forma su carácter. Pero ¿es acaso, señores, un sincero arrepentimiento el que le mueve á ello? No por cierto; porque si Clotario atendió á su obligacion, no fué porque estaba precisado á ello: solo esto era suficiente para apartarse de ella. El triste espectáculo de la muerte fué el que triunfó de aquel corazon que estaba acostumbrado mucho tiempo hacia á menospreciar y ahogar los remordimientos de su agitada conciencia. Yo creo que no penetramos nosotros el motivo que hacia obrar al príncipe de esta manera; pero sea el que fuese, lo cierto es que siempre redundaba en honor y gloria de *Germano*. Por de contado ha-

(1) Prov. 21. 1.

cia ver, que Dios sabia hacer respetar la virtud á aquellos mismos que no la seguian. Como el monarca escapó tan breve del peligro de la enfermedad, creyó que no debia su curacion sino al poder de nuestro Santo. Testimonio del prodigio á que subscribió tambien la corte, y con el que se dió á conocer al Universo, que los santos no tienen otros enemigos que á sí mismos, y que el modo de defenderse de ellos es el de hacer beneficios.

¿Cómo podreis dudar, á vista de tan resplandeciente prodigio, del poder que tuvo *Germano* sobre el espíritu de Clotario? El deciros que fué colmado de honores, que llegó á ser el alma del consejo, y que no se repartian las gracias á los pueblos sino á su solicitud, sería, no obstante, describiros muy impropriamente los sentimientos del príncipe, y hacer que nouviéseis mas que una ligera idea de su reconocimiento. Este, pues, no se concluyó sino con sus dias; pero la autoridad de nuestro Santo permaneció aun despues. Por el discurso de quatro diferentes reynados fué siempre el Apóstol, la guia y el oráculo de los reyes. Bien pudiera acerca de esto daros pruebas convincentes, pero me parece que he dicho ya bastante para desempeño de mi proposicion.

Por el camino de las tribulaciones llegó á ser *Germano* un prodigio de gloria. Ya es tiempo de que os haga ver, que en medio de la mayor gloria fué siempre un prodigio de santidad. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

¡Qué hombre aquel que llega á ser la luz de la Iglesia, el oráculo de los reyes y el árbitro de la naturaleza! Yo no he hecho todavía mas que bosquejar el retrato de *Germano*. Ya que he procurado manifestar su gloria, es menester tambien que pinte la imágen de sus virtudes. Su gloria no ha servido sino á la obra de su santificacion. Por la de Dios se aprovechó solamente de los honores de la Iglesia, y se santificó por el zelo y el desinterés. No aprovechándose de la autoridad que tenia sobre los potentados sino por el beneficio que resultaba á su pueblo: se santificó igualmente por la bondad y caridad que tenia, no aprovechándose del poder que exercia sobre la naturaleza, sino para humillarse y anonadarse en sí mismo: en una palabra, se santificó por la humildad y la penitencia.

Aunque tiene el Episcopado sus ventajas, tambien tiene sus obligaciones. Es propio de la sabiduría de un Obispo aprovecharse de las primeras para cumplir las segundas. Tal fué siempre la conducta de nuestro Héroe. La preeminencia de su estado, y los derechos de su autoridad, solo le sirvieron para aumentar las empresas de su zelo. Zelo á la verdad activo é infatigable, que se prestaba para todo, todo lo emprendia y todo lo executaba. ¿No podia decir *Germano* como poderoso mediador entre el cielo y la tierra, no podia decir, digo, al modo que Moyses lo hacia en otro tiempo,

po, que llevaba á los hombres las leyes de Dios y á Dios el corazon de los hombres? *Ego sequester, et medius fui inter Dominum et vos* (1). Considerad y vereis quales eran sus trabajos por la situacion en que se hallaba el reyno.

La Francia fué christiana despues que vencedor Clovis de los Alemanes habia tributado á Jesu-Christo el homenaje de sus trofeos. Sostenida la Religion por el zelo y los milagros de Remi de Reims, Hilario de Poitiers, Martin de Tours y Germano de Auxerre, conseguia cada dia nuevas victorias. Pero ¡quánto la faltaba que trabajar para conseguir un triunfo perfecto! Todavía tenia ciegos partidarios la idolatría, y los ídolos adoradores supersticiosos. Autorizada tan breve por la licencia de las armas, como fomentada por la inaccion de la paz, se manifestaba y esparcia el error haciéndose su império universal.

¿Qué hombres opondremos á tantos monstruos? *Germano*. Su zelo bastaba para todo. ¡Con cuánto ardor perseguia á la idolatría hasta en sus mismos retrincheramientos! Hablaba, movia y persuadia, atacando con su zelo, confundiendo con su ciencia y haciendo que se disipasen las tinieblas y se descubriese la verdad. ¿Habia rebeldes que se rehusaban condescender con sus discursos? Pues lo que hacia era armar contra ellos la autoridad del príncipe: expedir edictos por el trono, derribar los ídolos y sacar triunfante al Christianismo. ¡Dichosos principios, y conseqüencias

K 2

aun

(1) Deuter. 5. 5.

aun mas felices! Cargado con los despojos de la idolatría se declaraba contra el vicio, quitaba los abusos y establecia sabios reglamentos.

Yo me le represento aquí del mismo modo que le admiran los mas ilustres prelados de Francia en el tercer concilio de Paris. Siempre se ha dicho que nuestro Santo fué el órgano por donde se comunicaron los sentimientos de aquellos que componian esta célebre asamblea. Su vasto ingenio lo abrazaba todo, y todo era del alcance de sus luces. Cada palabra que pronunciaba se recibia como un oráculo. Promulgaba las excomuniones de la Iglesia contra los violentos usurpadores de los bienes del Santuario, y todo el mundo aplaudia su conducta. Su sentimiento particular formaba el universal. Su profunda capacidad no era menos conocida en el segundo concilio de Tour, que en el quarto de Paris. Los sucesos mas brillantes coronaban por todas partes sus trabajos. En la cátedra de la verdad era otro Chrisóstomo. Por la fuerza de sus discursos destruía las preocupaciones del entendimiento, y arrancaba los pensamientos del corazon. En contando los prodigios que obró, se sabian las conquistas de su zelo. Sigerce, sistemático fuertísimo y adherido á las ceremonias de los judíos, llegó á ser el adorador mas humilde de la cruz: Florentino, que era la gloria de la Iglesia de Macon, se vió libre del peligro que le amenazaba: Radegondo, que abundaba en piadosos designios, llegó á ser la admiracion de Poitiers y la gloria del clau-

tro,

tro, despues de haber sido el modelo de la corte y el ornamento del trono. Yo solo indico aquí las maravillas que obró el zelo de Germano en Francia, y las admirables y únicas señales que dexó en toda ella. Por este medio encaminó á los hombres á Dios, y obtuvo de este Señor en favor suyo las mas singulares gracias. *Ego sequester et medius fui inter Dominum et vos.*

¡Qué zelo, señores, tan activo, infatigable y glorioso siempre para la Religion! Yo no tengo que atender á otras pruebas sino á aquel templo augusto y á aquella célebre Abadía, que son otros tantos eternos monumentos que testifican esta asercion. Lo cierto es que la piedad de uno de nuestros reyes formó el proyecto, y su liberalidad echó los primeros fundamentos de aquella obra; pero tambien me atrevo á asegurar, que la execucion de esta grande empresa se debe á Germano. Su zelo fué el que lo solicitó y consiguió, y sus magníficas demostraciones, las que brillaron en ella muy en breve. Por desgracia no han quedado con la injuria de los tiempos sino unos leves desperdicios. Mas precioso es aun el tesoro que á pesar de la revolucion de los siglos se conserva. Este es el espíritu, la ciencia y la santidad de nuestro Santo que todavía permanecen enteras. ¡Quiera Dios que se perpetúen para siempre! ¡Permítanos este mismo Señor que veamos continuamente los prodigios de su zelo! Zelo á la verdad que siempre se arregló por la prudencia, sin la qual degenera en indiscrecion; y cuya indiscrecion es un impetu-

tuoso rayo que no produce mas que funestos efectos. Firme sin severidad el zelo de *Germano*, atacaba, combatia y perseguia á la iniquidad hasta sobre el mismo trono; pero como siempre estaba guiado por la sabiduría, sabia desempeñar las obligaciones de pastor sin faltar á las de vasallo. Tomemos las cosas en su origen.

Acababa la muerte de arrebatarse á la Francia á Clotario I. último de los sucesores de Clovis. El imperio que aquel monarca habia reunido en su persona, fué dividido por su muerte entre quatro hijos, que fueron Chereberto, Gontrano, Chilperico y Sigiberto. El reyno de París fué herencia del primero. Figuraos en él un príncipe pacífico, cuyo corazon era inaccesible á los impulsos de la ambicion, y mas zeloso para mantener el reposo de su reyno que para extender sus límites: un príncipe de un espíritu vivo y penetrante, zeloso por la justicia, moderado, liberal y condescendiente; pero un príncipe que obscurecía la brillantez de sus mas bellas qualidades con vicios aun mucho mas resplandecientes: un príncipe esclavo de sus pasiones, envuelto en la desidia, y que deshonorando la Religion, se deshonoraba tambien á sí mismo. Tales son los desórdenes, cuyos rápidos progresos determinó *Germano* cortar. ¡Cuán intrépido é ingenioso es su zelo! Muy léjos de él estaban aquellas delicadas miras con que se procura atraer la confianza del príncipe, sin hacerse cargo de que por ellas se distraen los hombres de la santidad de su ministerio.

No

No permitia la prudencia á *Germano* artificio alguno, ni sabia darse á entender con indiscretos discursos. Respetando al Monarca procuraba hacerle conocer su yerro. A presencia del pueblo sostenia la magestad del trono; pero delante del príncipe mudaba de lenguaje. Hacia á Chereberto la pintura de lo que era. *Tu es ille vir* (1), y le decia. Reconócete en el retrato que yo te dibuxo. Tus vicios son los que yo ataco. *Tu es ille vir*. Tal vez te disgustará la atrevida sinceridad de mi zelo; pero mi obligacion me precisa á que hable así, y solo la muerte me podrá hacer callar.

¡O hermanos míos! ¡En vano le hacia estas reflexiones! Menospreció todo Chereberto y se hizo superior á quanto le decia. Sin embargo nada se ensoberbeció el intrépido *Germano*: le rogó vivamente y le amenazó sin ninguna utilidad: quantos recursos le sugirió la sabiduría, otros tantos empleó con él. Cansóse, en fin, y descargó sobre el trono sus excomuniones, con cuyo atrevido golpe manifestó al parecer al Monarca el término de su reyno y fin de sus dias. En efecto, no tardó mucho la muerte en arrebatarse á sus criminales placeres. ¡Exemplo triste que enseña á los grandes del Mundo lo que deben respetar á los santos ministros! y exemplo que da á estos al mismo tiempo en la persona de nuestro Santo un modelo perfecto del mas sabio y verdadero zelo.

K4

Pe-

(1) II, Reg. 12. 7.

Pero lo que mas me admira es el generoso desinterés que reynaba en su conducta. No es otra la causa que hace obrar muchas veces al zelo; y la esperanza de una adventicia fortuna hace no pocas veces arriesgarse á aquellas atrevidas empresas que admiran al mundo. Yo creo que de este modo no sería Apóstol sino tuviera ánimo de producirse por medio de los sucesos de su apostolado. Haciendo *Germano* poco caso de aquel vil modo de pensar, no se reconocia á sí mismo en los trabajos de su zelo, ni se observó otra cosa en él mas comun que la de menospreciar la brillantez de los honores y los tesoros de la opulencia, en medio de que para conseguirlos no tenia mas que desearlos. Daba todo quanto tenia y estaba muy léjos de buscar lo que no gozaba.

Sin pensar en ello me veo entre un nuevo cúmulo de maravillas. Vosotros habeis visto al hombre de Dios y conoceis al hombre del pueblo. *Germano* no se aprovechó de los honores de la Iglesia, sino por lo que servian á la gloria de Dios. Se santificó por su zelo y desinterés, y no se aprovechó de la autoridad que tenia sobre los potentados, sino por el interés de su pueblo, santificándose asimismo por su bondadosa caridad.

Lo que yo necesito haceros conocer aquí es su corazon; aquel corazon cuyos generosos sentimientos excedian á las mas edificativas acciones de su zelo; aquel corazon deseoso siempre de sufrir, y siempre ingenioso para que su próximo no padeciese, y aquel co-
ra-

razon, en fin, nacido para hacer dichosos á los hombres. *Germano*, pues, motivaba la felicidad de su pueblo. Como prelado exácto y padre tierno, se le veía siempre atemperar la firmeza con la dulzura. Afable sin complacencia sabia hacer amar hasta la severidad de su conducta. ¡Quántos maravillosos acontecimientos me pone á la vista su caridad! Caridad siempre atenta para remediar á las necesidades de su diócesis. ¿Para qué se servia de su poder supuesto que entre el cúmulo de los honores era el admirado oráculo de la corte, el árbitro, por decirlo así, de la suerte y de la voluntad de los reyes, y escogido como otro Moyses para representar el poder de Dios delante de los soberanos mismos de la tierra? ¡Ah! creed, señores, que si alguna vez usó de este poder, fué porque resultaba en favor de su pueblo: todo lo queria para los demas y nada para sí mismo. En beneficio de la miseria eran las gracias que solicitaba de la corte. Con la propia mano que recibia los beneficios del príncipe los repartia inmediatamente entre los pobres.

¡Qué asunto tan patético se me representa! ¡Qué noble combate de caridad entre el príncipe y *Germano*! Este solicita y aquel concede. Pero ¿qué digo yo? Se multiplican sin cesar por una parte las limosnas y por otra se distribuyen con prudencia y sin excepcion. Le parecia al príncipe que sus dádivas no podian bastar para saciar la caridad de nuestro Santo, y á este que no podia mover quanto queria las piadosas intenciones del príncipe. El
uno

uno se manifestaba santamente pródigo en favor del pobre, y el otro sumamente ingenioso para descubrir la miseria.

Sin embargo, no creais que las liberalidades del príncipe limitaban la caridad de *Germano*. Decidlo sino vosotras, viudas tristes y desconsoladas á quienes alivió; vosotros abandonados huérfanos á quienes socorrió; vosotros desdichados pobres de toda especie que componíais la compaña mas amable y el ornato mas bello de su palacio, y, en fin, decidlo vosotros desgraciados cautivos á quienes ha librado de las cadenas; á todos vosotros emplazo para que sirvais de apoyo á mi proposicion; y ya que en él hallásteis un verdadero padre, publicad ahora sus beneficios; repetid las alabanzas que le dábais quando atento á escuchar vuestras quejas y descubrir vuestras necesidades, enjugaba vuestras lágrimas, participaba de vuestras penas y dulcificaba la amargura de vuestra suerté. Si deseaba reynar en vuestros corazones, tambien sabia proporcionaros intereses en los dias mas tristes y calamitosos; y ya que no pudo detener aquellos horrorosos estragos de la guerra, supo á lo ménos remediarlos por la multiplicidad de sus beneficios.

Quando me oís hablar de los terribles estragos de la guerra, os debeis figurar aquellos dias de turbacion y de horror, en los que la ambicion armó al hermano contra el hermano, y se vió pelear al frances contra el frances; aquellos en que el furor usó de su rabia con otra tanta mayor crueldad, quanto

la

la exercia contra los enemigos de una propia sangre, y dias desgraciados, en fin, que pusieron al reyno á pique de perderse, y en los que la muerte misma de los vencidos se vió que debilitaban el poder de los vencedores. En una palabra, manifestóse la tempestad al rededor de París, y las forzadas murallas con las ciudades que habian tomado anunciaban solamente combates mas sangrientos. Los sediciosos se aumentaban en lugar de disminuirse. En vano habia desplegado su voz el angel de paz; en vano desesperado y triste, al ver la desolacion de su pueblo, habia llevado *Germano* hasta los pies del trono las justas quejas de un consternado reyno, y en vano, en fin, habia manifestado su prudencia el medio útil y necesario de que se debian valer, porque nada tenia efecto sino el menosprecio de su zelo. El ódio y la embidia de dos reynas que se habian declarado la una contra la otra aumentaban el incendio. Estimulado Chilperico por *Fredegunda*, y *Sigeberto* por *Brunehault*, se entregaron al fuego de su funesta ambicion. Caminaban de combate en combate, y alternando la victoria dexaba aun indecisa la ventaja; mas la toma de una plaza importante debia terminarla sin tardanza. Refugiado Chilperico á *Turnay* hizo ánimo á mantener el sitio; pero el ejército de *Sigeberto* se apoderaba ya de las inmediaciones de la plaza.

¡O qué asombro! Preséntase *Germano* lleno de aquel espíritu que caracteriza á un apóstol, y se empeña en detener á *Sigeberto* en su

cri-

criminal designio. ¡Cuán convincente es su lenguaje! Sus expresiones salen de un corazón á quien anima solamente la caridad. Me parece que le estoy oyendo exclamar con una voz profética: O príncipe, si te apartas y dexas á tu hermano, vivirás y serás victorioso; si tienes otro modo de pensar, morirás sin remedio. ¡Inútiles amenazas! el monarca se rió de la prediccion. De ningun modo se quiso apartar de su intento. Miraba la caridad de *Germano* como un efecto de política. El vaticinio que le hacia el Santo de su muerte, le parecia que era motivado del ardor de un zelo indiscreto. ¡Dichoso él, sino hubiera sido tan firme en su incredulidad, y si por la sabiduría de su conducta se hubiera sabido librar del furor de sus enemigos! Bien sabeis, señores, por lo que refieren nuestras historias, el desgraciado fin de aquel príncipe; y lo único que puedo añadir sobre este particular, es de que el seguir los avisos de los santos siempre trae utilidad. La caridad los hace algunas veces pronunciar tristes oráculos; pero estos son los que nos deben instruir, y de los que nos necesitamos aprovechar.

Yo deberia ahora referiros nuevos triunfos y manifestaros de una vez su caridad. Pero aun quando os dixese, que sosegó los furores de la ambicion, que fué obra suya la de una inesperada paz, que á los desórdenes y al pillage hizo que se siguiesen una dichosa abundancia y una larga prosperidad, y que su caridad fué siempre firme é inagotable, aun nó hubiera dicho lo que debiera. Suplid todo
aque-

aquello que me obliga el corto tiempo á pasar en silencio, y permitidme que acabe este elogio con el último rasgo que pone el sello á la santidad de *Germano*. Ya habeis visto como se aprovechó de la autoridad que tenia sobre los potentados por los intereses de su pueblo, y que su caridad fué por la bondad santificada. Ahora añado, que solo se aprovechó del imperio que tenia sobre la naturaleza para humillarse y anonadarse en sí mismo, y que se santificó por la humildad y la penitencia.

El mandar al cielo y á la tierra, y á los seres sensibles como á los inanimados; sujetar su carne victoriosa á la muerte vencida; disminuir las temibles fuerzas del infierno desatado; penetrar el inmenso espacio de los tiempos; anunciar lo venidero, y descubrir los secretos mas recónditos de los corazones, es ser mucho mas que hombre. Pero contenerse siempre en medio de este absoluto poder y de los aplausos del mundo en su modestia, y olvidarse de su gloria para recordarse su nada, es ser á un mismo tiempo superior al hombre y á los milagros. *Suprà hominem est quodcumque edidit.*

Dexaos ver incomparable *Germano*, dexaos ver con el carácter de una humildad tan profunda. Aprended vosotros, oyentes míos, aprended de su exemplo. Mirad á ese famoso Héroe en la mas peligrosa mansion, y en medio del bullicio de la corte, que era el famoso teatro de su poder: miradle en medio de los honores del Episcopado como siempre es superior á su grandeza por el noble menosprecio que
hi-

hizo de ellos. El ingenio que es limitado y miserable se vale por lo comun de su elevacion, y recibe con gusto los elogios que le dan. El hombre grande, y el ingenio superior de nuestro Santo, se elevan sobre los homenajes que se les tributan. Se admiran y se ocultan á los ojos de sus admiradores; y aunque se aplaudia su poder, siempre era ingenioso para degradarse y no hacer alarde de su miseria. El hombre milagroso choca, mueve y admira: el hombre virtuoso arrebatada, encanta y edifica. Pero yo me engaño; porque este no es ya un hombre, sino un astro, cuyos rayos reflexan sobre todos aquellos que le rodean, y cuya luz se comunica á la corte y á todo el reyno. *Suprà hominem fuit quodcumque edidit.*

¡Admirable humildad de Germano, sostenida y coronada siempre por la penitencia mas rigurosa! ¡O triste noche, cuyas fatales sombras ocultan á los ojos de los mortales tantos iniquos misterios que no han servido sino para favorecer la modestia de nuestro Santo! Tan cuidadoso de ocultar su penitencia como era de exácto para practicarla, hubiera querido no haber tenido jamas testigo alguno de sus vigiliass, de sus oraciones ni de sus mortificaciones, sino á su misma persona y á las tinieblas. Pero por mas cuidado que puso en encubrir estos ejercicios, se traslució muy en breve su penitencia. Mas ¿qué es lo que hizo en este caso? A la verdad, señores, que os debeis admirar de los sentimientos de un corazon tan christiano como el suyo. Aumentan-

tando las austeridades supo triunfar de su reputacion. Ni los rigores de la estacion, ni los trabajos del apostolado, ni las delicias de la corte, pudieron suspender el curso de sus asombrosas mortificaciones. Como víctima de su fervor apuró los últimos artificios de la penitencia, y entre todos los prodigios, de los que fué su vida un precioso encadenamiento, el mas grande de todos era el de su misma persona. *Suprà hominem fuit quodcumque edidit.*

Sigamos sus pasos desde la mas tierna juventud hasta la mas avanzada vejez, y veremos siempre en él el mismo género de vida. Por qualquiera parte que se le considere, se advierte en él un hombre, que durante la paz de la Iglesia, sabe á falta de los tiranos imponerse á sí mismo un martirio otro tanto mas glorioso, en quanto era renovado muchas veces; y en estos dias de decaimiento en que la desfallecida naturaleza le anunciaba todos los horrores del sepulcro y le ponía á punto de espirar, no por eso ponía fin á la santa crueldad que usaba con sus inocentes carnes. El cilicio con las puntas vueltas contra su cuerpo eran las armas con que esperaba á la muerte. Esta hora tan terrible y con la que se acababan todas las grandezas, era para él el principio de una nueva gloria.

De esta suerte murió el ilustre Germano, que fué el ornamento de la Iglesia, el oráculo de los reyes y el depositario del divino poder. Si, christianos, vosotros que acabais de admirar la brillantez de su gloria y el heroísmo de sus virtudes, os debeis siempre acordar

dar , que no llegó á la cumbre de los honores, sino por el camino de la tribulacion. Léjos de abatirse su corazon con los reveses de la fortuna y con los trabajos , fué siempre superior á sus desgracias. Aprended vosotros á quienes solo la idea de una adversidad momentánea os agita , turba y consterna , aprended digo de su conducta , y avergonzaos de la vuestra.

Yo conwego en que os olvideis del hombre de gloria , porque la de nuestro Santo merece indispensablemente vuestra admiracion. Pero no en que dexeis de tener siempre presente al hombre sufrido , zeloso , caritativo , humilde y penitente ; porque este es vuestro modelo , y á quien debeis imitar. No teneis mas que caminar por sus pasos en las sendas de la virtud para que se os conceda la gracia de que logreis la corona de gloria , que os deseo y de que goza *Germano* en la eterna bienaventuranza.

PANEGÍRICO

DE SAN MARTIN,

Obispo de Tours:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de S. Martin.

Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram. Haré prodigios que jamas se hayan visto sobre la tierra.
Exòd. 34. 10.

Aquellas maravillas que llenaron á los pueblos de admiración en la ley antigua , se perpetúan en la nueva. El mismo poder que manifestó Moyses en Israel , se le comunicó Dios á sus apóstoles. Pero ¿qué digo yo? Aun ha producido el Christianismo mayores milagros, los quales ha observado el mundo con otro tanto mas asombro en quanto no les habia visto jamas como ellos. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Para justificar esta idea , no tengo mas que
Tom. IV. L pa-